

## Los otros

En un mundo idéntico al nuestro, los hombres nacían sabiendo todo.  
No aprendían: recordaban.  
Apenas abrían los ojos, ya sabían leer, ya sabían construir casas, ya sabían odiar y amar, ya sabían morir.

Condenados a la lucidez desde la cuna, no cometían errores, pero tampoco inventaban nada.  
Sus ciudades eran exactas, sus palabras precisas, sus días idénticos.  
El tedio era tan perfecto como su ciencia.

Un día, un niño nació distinto.  
No sabía nada.  
Lloraba de hambre y reía de sombras.  
Balbuceaba sonidos nuevos, tropezaba al caminar, pintaba garabatos en las paredes.

Los otros lo miraron con horror.  
"No sirve", decretaron.  
Lo expulsaron más allá de las ciudades.

Él se internó en los campos, torpe y libre.  
Cada error era una semilla.  
Cada tropiezo, una música.

Pasaron los siglos.  
Sus descendientes, esos que no sabían nada, llenaron el mundo de arte, de sueños, de guerras, de abrazos, de libros, de errores y maravillas.

Y los otros, los que sabían todo, se extinguieron, como se extinguen las cosas que nunca se atreven a cambiar

Marcos Dellepiane - Argentina

## La rebelión de los lentos

Durante años, en la ciudad, se premió a los rápidos.  
El que hablaba primero, ganaba.  
El que corría más, obtenía el ascenso.  
El que respondía de inmediato, era considerado inteligente.

Así crecieron generaciones enteras de veloces: gente que contestaba antes de entender, que amaba antes de sentir, que construía antes de pensar.

Hasta que un día, sin plan previo, los lentos se rebelaron.  
No discutieron. No protestaron.  
Simplemente, empezaron a hacer todo... a su ritmo.

Tardaban en saludar.  
Se demoraban en pagar.  
Reflexionaban días enteros antes de tomar una decisión pequeña.  
Cocinaban a fuego lento, amaban despacio, leían las cartas dos veces.

Al principio, los rápidos se burlaron.  
Después, se irritaron.  
Finalmente, empezaron a envidiarlos.

Los lentos no ganaban premios, ni cargos, ni aplausos.  
Pero, sin saber cómo, vivían mejor.  
Recordaban los nombres.  
Recordaban los abrazos.  
Recordaban por qué estaban allí.

Y los rápidos, exhaustos, un día comprendieron que su carrera había sido apenas una huida

Marcel Fernández - Argentina

## La oficina de reclamos del universo

Una mañana cualquiera —o al menos, eso pensaba yo— encontré en mi correo un mail con una sola frase:

**“Usted ha sido convocado a la Oficina de Reclamos del Universo. Preséntese hoy mismo.”**

Pensé en ignorarlo, claro.

Pensé en que sería una broma, una multa encubierta, o una nueva forma de estafa.

Pero una parte mía, la parte que se había resignado a las facturas, a los embotellamientos y a los domingos tristes, pensó:

*"¿Y si fuera verdad?"*

Así que me puse la mejor ropa que tenía (o al menos, la menos manchada) y fui.

La Oficina de Reclamos quedaba detrás de una heladería cerrada por quiebra.

La puerta chirrió como en una película de terror de bajo presupuesto.

Adentro, había un mostrador.

Y detrás del mostrador, un hombre pelado, de bigote enorme y cara de total desgano.

—Número, por favor —me dijo, sin levantar la vista de un Sudoku.

—No tengo número. Tengo esto —y le mostré el sobre.

El tipo suspiró como quien lleva tres siglos lidiando con tontolabas.

—Primera vez, ¿no? —preguntó.

Asentí.

Me entregó un formulario amarillo fosforescente, donde podía leerse:

**“Motivos de su reclamo: (marcar todos los que correspondan).”**

Las opciones eran:

- Pérdida injustificada de oportunidades
- Mala asignación de parejas románticas
- Falta de dinero misteriosa y persistente
- Decaimiento de sueños a mitad de camino
- Sensación de absurdo existencial (grave / moderada / permanente)
- Otros (especificar)

Marqué todas. Con furia.

Al rato me llamaron a una sala donde había otros como yo: señores de traje, adolescentes despeinados, señoras con batón y ojotas.

Un señor de túnica celeste (o pijama, nunca supe) nos explicó:

—Cada tanto, el Universo revisa casos de injusticia absurda. Si su reclamo es aprobado, recibirá una "compensación".

—¿Qué tipo de compensación? —preguntó una señora.

El hombre sonrió como quien sabe algo que nosotros no.

—Puede ser dinero. Puede ser una nueva pareja. Puede ser un ascenso... o una planta de uchuva.

Todos murmuramos. ¿Una planta de uchuva?

Pasaron las horas.

Llamaban de a uno.

Cuando me tocó, el evaluador era una mujer elegante, con anteojos de marco violeta.

Me miró fijo.

—¿Qué pretende usted del Universo? —preguntó, seca.

Me quedé pensando.

Porque claro, uno siempre se queja, pero ¿qué pedir realmente?

¿Dinero? ¿Amor? ¿Fama? ¿Sentido?

¿No aburrirme tanto un martes a la tarde?

Finalmente, dije:

—Quisiera... una alegría espontánea. Algo sin razón, sin merecimiento. Algo que no me pueda explicar.

Ella sonrió por primera vez.

Me extendió una bolsita de papel madera, sellada.

—No la abra acá.

Ábrala cuando crea que ya no puede esperar más.

Y eso hice.

La llevé en el bolsillo días enteros, semanas.

Hasta que una tarde de lluvia asquerosa, de esas en que hasta el gato me miraba mal, la abrí.

¿Y qué encontré?

Un jabón en forma de dinosaurio.

Pequeño, absurdo, ridículo.

Un dinosaurio color verde flúo que olía a vainilla.

Y no sé por qué, pero me reí tanto... tanto... que todo el mal humor del mundo pareció, de repente, tan inútil como un paraguas en el desierto.

Desde entonces, cada vez que siento que todo es un desastre, busco ese jaboncito.

Y me acuerdo:

**El Universo, cuando quiere, también sabe perder la compostura.**

Isabella Rodríguez - Colombia